

Gustav Landauer (2015). *Escepticismo y mística. Aproximaciones a la Crítica del lenguaje de Mauthner*. Trad. Héctor A. Piccolli, intro. Silvana Rabinovich. México, Herder.

Del judío Gustav Landauer (1870-1919), *Escepticismo y mística* (1903) es, por sus ideas, un libro filosófico bello, pero difícil; sin embargo, por su estilo, es un libro accesible para todos; además, está compuesto por múltiples puntos de fuga; todo lo cual lo hace extremadamente rico y seductor. *Escepticismo y mística* es un estudio sobre el pensamiento de Fritz Mauthner (1849-1923), especialmente sobre los tres volúmenes que conforman las *Contribuciones a una crítica del lenguaje* (1901-1902).

Como todo pensamiento orientado a la crítica de la cultura, el pensamiento de Mauthner fue apasionado, valiente y heroico, nos dice Landauer; Mauthner hizo, bajo el signo del lenguaje, una crítica sistemática a las ciencias positivas de su época. Su esfuerzo debe, pues, y no poco, ser aplaudido. Su crítica al lenguaje puede caracterizarse en los siguientes términos: “Nuestros sentidos sólo nos comunican lo que percibimos, lo que podemos aprehender con la memoria, o sea, el lenguaje” (31), pero la ciencia parece haber ignorado ese simple hecho, cuya consecuencia es, si bien se razona, que el mundo no es otra cosa sino “la gramática de nuestra lengua” (30). El mundo objetivo, “la cosa en sí” kantiana, que la ciencia positiva pretende asir con sus propias manos, no es, en modo alguno, el mundo verdadero. Más radicalmente aún, y en tono nietzscheano, Landauer escribe: “La creencia de poder pronunciar el mundo es la creencia en Dios” (89).

De tal crítica no se debe concluir que la lingüística tenga que ser elevada como la única ciencia positiva posible, pues ella, como todo cambio lingüístico (81), no es sino una metáfora del mundo, una simple parábola de la “cosa en sí”. Por eso mismo, en lingüística, como en cualquier otra ciencia, se puede decir que las leyes que la fundan no existen; la repetición de los fenómenos lingüísticos es sólo aparente. Landauer cita las audaces palabras de Mauthner, su maestro: “quisiera afirmar con osadía que sólo la pobreza de hechos admite leyes, tal como las exige. La realidad en el lenguaje, como en la naturaleza, carece de ley, a pesar de ser necesaria” (57).

Ahora bien, en tanto metafórico, el uso más común del lenguaje es, como quiere también Nietzsche, retórico. Y precisamente por ese uso retórico, el lenguaje tiene una relación profunda con la política: el verdadero nomenclator de las lenguas naturales fue el espíritu de la voluntad de dominio. Por esa razón, aunque no sea la única vía, la crítica de la terminología —de la filosofía y de la ciencia— “resulta necesaria” (113). Otra vía, que por supuesto no está en contradicción con la anterior, es el trabajo heurístico sobre el propio lenguaje para que éste pueda llegar a ser un lenguaje propio. Debemos construir una nueva gramática y un nuevo léxico para poder capturar todas aquellas experiencias que hasta ahora se nos han escapado (42-43); se debe crear una nueva “lengua para el reino de las intensidades” (107) que aún no hemos visto y mucho menos escuchado. Hay que construir una lengua vernácula en la que el privilegio del léxico esté puesto, no en las identidades y sus leyes, sino en las diferencias y sus intensidades: “La unidad de una lengua vernácula no permite deducir de ella la pureza de la raza” (59). Sólo después de una crítica del lenguaje se podrá dar cuenta de “imágenes, de las cuales hoy no tenemos aún idea” (108). De este modo, Gustav Landauer lleva la crítica de Fritz Mauthner hasta sus últimas consecuencias, y lo hace, muchas veces, en tono nietzscheano. Sin embargo, pese al uso de ese tono, el pensamiento del autor de *Así habló Zaratustra* es fuertemente cuestionado, Nietzsche es, nos dice el autor, “un moralismo con sistema” (107). En esa caracterización hay un eco, quizá inconsciente, de una fórmula aplicada muchas veces a Spinoza, el “ateo con sistema”. De cualquier modo, para Landauer, como después para Heidegger, el

primer móvil del pensamiento de Nietzsche es la voluntad de poder, la voluntad humana de poder, y “la voluntad de poder es un sistema” (113), un sistema humano, demasiado humano. Por eso, dice Landauer, con Nietzsche, “el hombre volvía a ser [...] la corona de la creación” (113). Pero, “ni el filisteo moral ni el superhombre son el objetivo del universo” (105).

Hay que señalar que, en *Escepticismo y mística*, hay un fuerte y muy particular espinozismo, influencia que pudo haber llegado del mismo Mauthner, quien en 1906 escribió una monografía sobre el pensamiento del judío de Amsterdam. De hecho, en el título del libro, *Escepticismo y mística*, hay un eco de una fórmula muchas veces aplicada al pensamiento de Spinoza: “materialismo religioso”. Pero, en Landauer, el escepticismo señala la desconfianza del pensamiento en el “fantasma” de “la cosa en sí”, que en última instancia suele identificarse con la materia, el espacio y el ojo, de hecho, al escepticismo lo define su mirada incrédula. Mientras que la mística señala la incompreensión intelectual de la infinita existencia, el tiempo y el oído; en efecto, a la mística la define la escucha de lo que no comprende. Por lo anterior, Landauer conduce, como después Martín Heidegger, el espacio al tiempo y el ojo al oído: “el espacio, con todo lo que hay dentro de él, es una propiedad del tiempo” (98). El libro de Landauer articula así, y de modo muy original, una vez más, el problema del dualismo entre ciencia y religión, entre extensión e intelecto, entre cuerpo y alma, entre el ojo y el oído: el mundo material no puede ser explicado de modo definitivo por el intelecto, y viceversa. Tampoco el lenguaje puede ser explicado de modo puramente físico, ni de modo puramente espiritual: si se explica como el conjunto de voces materiales asignadas a un conjunto de sensaciones corporales o de relaciones nerviosas cerebrales, lo síquico se escapa; y si, al contrario, se le explica como el reflejo de los pensamientos internos, lo físico se evapora. En este punto, Landauer evoca a Spinoza: “como comprendió Spinoza: lo físico sólo puede ser explicado por lo físico, lo psíquico sólo por lo psíquico; si se mezclan los dos ámbitos, se hace uno culpable de los más horribles desvaríos o confusiones metafóricas” (96). De ahí que pensar el lenguaje conduzca, aparentemente, a un callejón sin salida, y se termine conduciendo el escepticismo a la mística,

y la mirada a la escucha. El pensamiento de Mauthner y el de Landauer son pensamientos críticos precisamente porque son pensamientos que están en crisis. Pero, Spinoza no tuvo que orientarse ni por una religión escéptica, ni por un materialismo místico, pues supo comprender en la extensión y en el intelecto tan sólo dos atributos divinos de la divina Naturaleza. En la confrontación con Spinoza, Mauthner parece haber ido mucho más lejos que Landauer. Criticando la noción de eternidad del judío de Amsterdam, Mauthner objeta que Spinoza olvidó que no se puede expresar mediante un lenguaje arbitrario, equívoco y sucesivo lo que es eterno, unívoco e infinito, es decir, lo universal. Esa objeción se puede aplicar no sólo para la noción de eternidad sino a todo el sistema de Spinoza: si no existe un lenguaje unívoco, una *Characteristica Universalis*, no puede existir tampoco una “vrai philosophie” (Descartes), y viceversa. El sistema de Spinoza está expresado en una lengua natural, finita y sucesiva; y, sin embargo, en una carta a Albert Burgh, Spinoza escribe, con una seguridad triunfante y solitaria: “no presumo que haya encontrado la mejor filosofía, sé que he entendido la verdadera”. Podríamos intentar responder aquí la objeción de Mauthner haciendo una reconstrucción de la perspectiva espinozista sobre el lenguaje, pero no es este el lugar para responder a objeciones ajenas. Digamos simplemente que Spinoza, que critica también fuertemente el lenguaje, no ignoraba el problema de la arbitrariedad del signo lingüístico.

Curioso es también que Landauer retome el concepto espinozista de eternidad que critica Mauthner. Ciertamente, la noción de eternidad en el libro de Landauer está atravesada por la de Franz Brentano, quien a su vez influyó en la noción kafkiana de “lo indestructible”. Landauer escribe: “todo lo que vive, vive de una vez para siempre” (43), porque la muerte no hace parte del proceso vital del universo. Lo anterior podría corresponder también, y perfectamente, al pensamiento de Spinoza, quien justamente dijo que “Un hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida” (Spinoza, *Ética*, Parte IV, Proposición LXVII). Pero ahí no se detiene el spinozismo de Landauer, como Spinoza, Landauer tiene una visión panteísta de Dios. De esa única sustancia divina que es el universo, los entes, los seres y todo individuo se singulariza como un efímero

destello de luz (95): “Parece que el mundo ha tenido que separarnos y hacernos individuos para poder centellar súbitamente y manifestarse en nosotros” (49). Ningún individuo está, pues, separado del divino universo. Es más, el individuo es apenas una especie de ilusión óptica que señala la consistencia momentánea, pero también eterna, de los miles de movimientos que constituyen un cuerpo momentáneo: la noción de “individuo es algo rígido y absoluto como expresión para algo móvil y vinculado” (42). Si todo está vinculado con lo Uno, *Omnis in unum*, entonces la noción de comunidad es más propia que la noción de individuo; en este punto, Landauer parece coincidir con Tolstoi, Kafka y seguramente muchos otros. Expresada por un pensador aparentemente inactual, Landauer, la consigna de una política (¿anarcosocialista no violento?) aún por venir, podría ser, proféticamente, la siguiente: “No es verdad que los hombres colectivos signifiquen sólo sumas de individuos; antes bien, a la inversa, son los individuos sólo manifestaciones de tránsito, chispas eléctricas de una totalidad y una magnitud mayor” (41-42). *Escepticismo y mística* es, por todo lo anterior, un libro que habla, aquí y ahora, para todos nosotros que formamos parte de la comunidad de hombres. Y quizá la pregunta fundamental de Landauer, apenas insinuada, pero dirigida secretamente a este que ahora reseña el libro, es la siguiente: ¿No es también el lenguaje humano una curiosa singularización de la expresión infinita del infinito universo, un destello luminoso de sentido lingüístico? (y sentido sólo puede significar sentir).

RICARDO PÉREZ MARTÍNEZ